DEPRESION

Memorias de un loco

Gustave Flaubert

Poesía

Juan de Dios Peza

Fragmentos autobiográficos

José María Arguedas

ROEMMERS
CONCIENCIA POR LA VIDA

Nuevo

INQUETIA

QUETIAPINA

PAMI DESCUENTO 100 %

PLAN VIVIR MEJOR

PRESENTACIONES

INQUETIA 25 mg: envases de 30 comprimidos recubiertos ranurados.
INQUETIA 100 mg: envases de 30 comprimidos recubiertos ranurados.
INQUETIA 200 mg: envases de 30 comprimidos recubiertos ranurados.

MPN MEDICAMENTOS DE PRIMER NIVEL

Recetario Solidario

PAMI INSSJP

IOMA

ROEMMERS

CONCIENCIA POR LA VIDA

DEPRESION

ROEMMERS
CONCIENCIA POR LA VIDA

INDICE

Memorias de un loco 3
Gustave Flaubert

Poesía 21
Juan de Dios Peza

Fragmentos autobiográficos 34
José María Arguedas

PRESENTACIÓN

La literatura y la locura se entrelazan de múltiples maneras. Las palabras tocan las sensaciones, los sentimientos y los espacios interiores perturbados, con una gracia particular.
Los grandes maestros de la psiquiatría fueron, simultáneamente, grandes lectores. Y muchos de ellos recomendaban a sus discípulos internarse en la literatura universal para encontrar allí los retratos más inigualables de las diversas personalidades normales y patológicas, y de la infinita variedad de las reacciones vitales a los avatares de la existencia, a las pasiones y a la vivencia de conflicto consustancial con la condición humana.

Maurice Blanchot, observador y pensador incomparable de la creación literaria, nos confía en *El libro que vendrá:* "La experiencia literaria es una experiencia total, una pregunta que no resiste límites, no acepta ser estabilizada o reducida. Sería la experiencia de aquello que siempre se dice, que no puede dejar de decirse y que no se puede entender". Este enfrentamiento del escritor con el texto tiene ese carácter total.

La lectura literaria y el ejercicio clínico tienen, en no pocas ocasiones, bordes y cruzamientos singulares que los enriquecen mutuamente. Recuperar esa fecunda relación es el propósito de estos textos que Laboratorios Roemmers ofrece al cuerpo médico argentino.

Los estados afectivos constituyen fenómenos dimensionales de difícil y, a veces, imposible segmentación. La acumulación de sentimientos negativos y sensaciones corporales indicadoras de malestar, pueden solamente configurar la constelación sintomática de la tristeza normal, reactiva a acontecimientos internos o externos que la explican para el sujeto, sus semejantes y su cultura, o presentarse con tal intensidad y calidad que evidencien el tránsito al espacio de la depresión en sus diversas presentaciones clínicas.

Entre esos extremos hay una gama de momentos, períodos vitales y estados, más o menos prolongados en el tiempo que demuestran la potencia de las vibraciones subjetivas propias de lo humano.

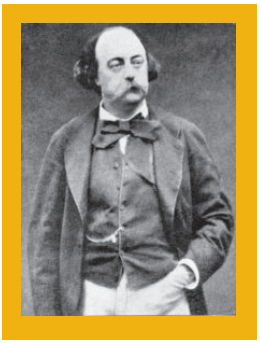
En las páginas que siguen se pretende ilustrar estas situaciones con una serie de pasajes autobiográficos de la poética y la prosa de autores mundialmente reconocidos. Ellos testimonian los dolores y sufrimientos que les impone su carácter atrabiliario constitucional o los avatares surgidos de conflictos y duelos pasajeros o imposibles de superar que los marcaron con un sello de amargura durante toda la vida.

Interesantes situaciones que nos ofrece la literatura universal para reflexionar acerca de la frontera más o menos difusa adonde debe detenerse la comprensión empática y el acompañamiento amoroso hacia un familiar o un amigo entristecido y se imponen el diagnóstico clínico y las indicaciones terapéuticas.

MEMORIAS DE UN LOCO

Gustave Flaubert

(Fragmentos)

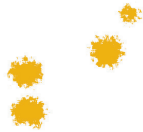


Gustave Flaubert

(Normandía, 1821 – Ruán 1880)

Flaubert quien ha sido encuadrado dentro de la escuela realista, fue alabado por su objetividad y la esmerada perfección de su estilo. Hijo de un médico, estudió derecho en París durante un corto tiempo, pero su frágil salud lo obligó a abandonarlo. Fue entonces cuando decidió dedicarse a escribir. Afectado por un desorden de tipo nervioso, transcurrió la mayor parte de su vida de forma tranquila, junto a su familia, en Croisset, un lugar de campo cerca de Ruán, donde recibía frecuentes visitas de otros notables escritores. La primera novela de Flaubert, reconocida como una de las obras maestras del realismo, en general, y de la literatura francesa en particular, *Madame Bovary* (1857), constituyó una dura crítica a la sociedad burguesa. El infinito cuidado que ponía en conseguir una gran precisión en los detalles y en el lenguaje se ha hecho legendario. Otras obras importantes de Flaubert fueron *Salambó* (1863), *La tentación de San Antonio* (1874), *La educación sentimental* (1869), la inconclusa novela *Bouvard y Pécuchet* (1881), el *Diccionario de lugares comunes* (1913) y el texto escrito en su adolescencia *Memorias de un loco*, del que extraemos algunos fragmentos en los que se pueden apreciar los sentimientos depresivos, el pesimismo por la humanidad y el escepticismo que embargaron a Flaubert durante su adolescencia.

Casi todas las obras de Flaubert combinan elementos tanto románticos como naturalistas. En sus cartas, publicadas póstumamente, *Correspondance* (4 volúmenes, 1887-1893), calificó sus trabajos de “agonías del arte”.



Voy a escribir la historia de mi vida. ¡Qué vida! Pero ¿he vivido acaso? Soy joven, no tengo arrugas en el rostro ni pasión en mi corazón. ¡Qué calma fue, qué dulce y feliz parece, qué tranquila y pura! Sí, apacible y silenciosa como una tumba cuyo cadáver fuera mi alma.

Apenas he vivido: no he conocido el mundo, es decir, no tengo amantes, aduladores, sirvientes ni bienes, no hice mi ingreso, como se dice, en la buena sociedad, pues siempre me pareció cargada de falsedad, ruidosa, ostentosa, aburrida y afectada.

Sin embargo, mi vida no son hechos; mi vida es mi pensamiento.

¿Cuál es, entonces, ese pensamiento que me induce en este momento, a la edad en que todo el mundo sonríe y está feliz, en la que la gente se casa y ama, a la que muchos se embriagan de amores y de glorias, mientras brillan miles de luces y los vasos se llenan en los banquetes, a estar solo y desnudo, indiferente a toda inspiración, a toda

poesía, sintiéndome morir y riendo cruelmente de mi lenta agonía, como aquel epicúreo que se abrió las venas, se hundió en un baño perfumado y murió riendo, como un hombre ebrio después de una agotadora orgía?
¡Oh! Cuánto duró ese pensamiento; como una hidra, me devoraron todas sus caras. Pensamiento de duelo y de amargura, de bufón que llora, de filósofo que medita … […]

* * *

Les relataré más adelante todas las etapas de esta vida taciturna y meditabunda que pasé junto al fuego, con los brazos cruzados, con un eterno bostezo de aburrimiento –a veces solo, durante todo un día-, posando de vez en cuando la mirada en la nieve de los techos vecinos, iluminados con la pálida luz del ocaso, en el piso de mi cuarto o en una cabeza de muerto, amarilla y sin dientes, que no cesaba de hacer muecas sobre mi chimenea, símbolo de la vida y, como ésta, fría e irónica.
Más adelante, leerán todas las angustias de este corazón tan golpeado, tan desgarrado de amargura. Conocerán las aventuras de esta vida tan apacible y tan banal, tan llena de sentimientos, tan vacía de hechos.
Y después podrán decirme si todo esto no les parece una broma y una burla, si todo lo que se dice

en las escuelas, todo lo que difusamente se explica en los libros, todo lo que se ve, se siente, se habla, si todo lo que existe...
No puedo concluir, tanta es mi amargura. ¡Y bien! ¡Sí todo eso no es, finalmente, algo lastimoso, humo, nada!

* * *

Fui al colegio desde los diez años de edad, y fue allí que, muy pronto, cobré una profunda aversión a los hombres. Esa sociedad de niños es tan cruel con sus víctimas como la de los adultos.
En ambas, la misma injusticia de la multitud, la misma tiranía de los prejuicios y de la fuerza, el mismo egoísmo (a pesar de todo lo que dice sobre el desinterés y la fidelidad de la juventud). Juventud: edad de locura y de sueños, de poesía y de tontería, sinónimos en boca de las personas que juzgan al mundo "sanamente". Allí fui contrariado en todos mis gustos: en clase, por mis ideas; en los recreos, por mis inclinaciones solitarias. A partir de entonces, fui un loco.
Así, viví solo y aburrido, atormentado por mis maestros y burlado por mis compañeros. Tenía un carácter irónico e independiente, y esa mordaz y cínica ironía no perdonaba ni el capricho de uno solo ni el despotismo de todos.

Todavía me veo sentado en los bancos de la clase, sumido en mis sueños de futuro, pensando en las cosas más sublimes que la imaginación de un niño pueda concebir, mientras el maestro se burlaba de mis versos latinos y mis compañeros se reían de mí con desprecio. ¡Qué imbéciles! ¡Reírse de mí! ¡Justamente ellos! ¡Tan tontos, tan vulgares, con el cerebro tan estrecho!

* * *

Cuando niño, soñé con el amor; cuando joven, con la gloria; y ya adulto, con la tumba, último amor de los que ya no tienen ninguno.

Y entretenido en estas vagas ensoñaciones, en estos sueños de porvenir, conducido por este pensamiento atrevido y desbocado como una yegua sin freno que franquea torrentes, escala cerros y vuela por el espacio, pasaba horas enteras concentrado mirando el suelo del aula o a una araña tejiendo su tela bajo el estrado del maestro. Y, cuando me despertaba con los ojos desmesuradamente abiertos, se reían de mí, el más haragán de todos, aquel que nunca tendría una sola idea positiva, que no manifestaba inclinación por profesión alguna, que sería inútil en un mundo en el que cada uno debe sacar su tajada y que, por último, sería un fraca-

sado, pues a lo sumo llegaría a ser payaso, saltimbanqui o escritor de libros.

Aunque tenía una excelente salud, mi carácter, perpetuamente contrariado por la existencia que llevaba y por el contacto con los otros, me había producido una irritación nerviosa que me volvía vehemente y colérico como un toro trastornado por la picadura de insectos. Tenía pesadillas horribles.

¡Oh, qué época triste y agitada! Todavía me veo errante y solitario, por los largos corredores de mi colegio, observando lechuzas y cornejas echarse a volar desde la bóveda de la capilla, o bien, tirado en la cama, en aquellos dormitorios lúgubres que alumbraba una lámpara cuyo aceite solía congelarse. Durante las noches, pasaba largos ratos escuchando el viento soplar tristemente por las vastas habitaciones vacías, silbar en las cerraduras y hacer temblar los vidrios en sus marcos; oía los pasos del celador que hacía su ronda, caminando lentamente con su linterna, y cuando se me acercaba, me hacía el dormido y terminaba efectivamente por dormirme, entre sueños y llantos.

* * *

Tenía visiones horrorosas, capaces de enloquecer de terror a cualquiera.

Estaba acostado en la casa de mi padre: habían conservado todos los muebles, pero todo lo que me rodeaba tenía un tinte negro. Era una noche de invierno y la nieve arrojaba una claridad blanca sobre mi cama; de pronto, el hielo se fundió, y la hierba y los árboles tomaron un tinte rojizo muy intenso, como si un incendio hubiera iluminado mis ventanas; escuché ruidos de pasos –como si alguien subiera por la escalera-, sentí un aire caliente, un vapor fétido, mi puerta se abrió sola. Entraron, eran muchos -tal vez siete u ocho, no tuve el tiempo de contarlos-. Había pequeños y grandes, portaban de barbas negras mal cortadas (no estaban armados, pero todos tenían una hoja de acero entre los dientes) formaron un círculo alrededor de mi cama y sus dientes comenzaron a castañetear, de manera horrible. Descorrieron las cortinas blancas que rodeaban mi lecho, y cada dedo dejaba en ellas un hilo de sangre; me miraron con sus grandes ojos fijos y sin párpados y yo los miré también, estaba paralizado y hubiera querido gritar.

Tuve entonces la sensación de que la casa se levantaba de sus cimientos, como si una palanca la hubiera elevado.

Me miraron así largo tiempo, luego se apartaron y vi que todos tenían una parte del rostro sin piel,

que sangraba lentamente. Levantaron todas mis frazadas y sábanas y todas tenían sangre. Se pusieron a comer, y del pan que partían salía más sangre, que caía gota a gota. Entonces empezaron a reír haciendo un ruido similar a un estertor de agonía. Luego, cuando se fueron noté que todo lo que habían tocado –las paredes, la escalera, el suelo- había quedado enrojecido.

Tenía un gusto amargo en el corazón, me parecía que había comido carne, y escuché un grito prolongado, ronco, agudo, y las ventanas y las puertas se abrieron lentamente, y el viento las hacía golpear y entrechocarse, como una canción extraña cuyos acordes me destrozaban el pecho como un puñal.

Otra visión transcurría en un campo verde y cubierto de flores que se extendía a la vera de un río: yo estaba con mi madre; ella caminaba del lado de la orilla y, de pronto, cayó. Vi el agua formar espuma, los círculos agrandarse y desaparecer de repente. El agua volvió a su curso habitual y, a continuación, ya no escuché más que el agua corriendo entre los juncos y doblando las cañas.

De pronto, escuché a mi madre que me llamaba: "¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Oh, mi niño, socorro! ¡Aquí, aquí!".

Me tiré cuerpo a tierra sobre el pasto para mirar pero no vi nada: los gritos continuaban. Una fuerza invencible me ataba a la tierra pero seguía escuchando los gritos: "¡Me ahogo! ¡Me ahogo! ¡Auxilio!''.
El agua fluía, límpida, y esa voz que yo escuchaba desde el fondo del río me hundía en la rabia y la desesperación.

* * *

Aunque mi espíritu y mis principios eran calumniados, nadie atacaba mi corazón, pues, por entonces, yo era bondadoso, y las miserias ajenas me arrancaban lágrimas.
Recuerdo que, de muy niño, me gustaba vaciar mis bolsillos en los del pobre. ¡Con qué sonrisa me recibían, y qué placer sentía yo al ayudarlos! Es un placer que ya no siento desde hace mucho tiempo pues ahora tengo el corazón seco y se me han secado las lágrimas. ¡Maldigo a la humanidad que me ha vuelto corrupto y malo, a mí, que era tan bueno y puro! ¡Maldigo esta aridez de la civilización que reseca y marchita todo lo que se eleva hacia el sol de la poesía y del corazón! Esta vieja sociedad corrupta que ha seducido y desgastado todo.

* * *

La humanidad puso en marcha unas máquinas y, viendo el oro que salía a raudales, gritó: ¡Es Dios! Y a ese Dios, se lo come. ¡Queda -es que todo ha terminado, ¡adiós!, ¡adiós!- un poco de vino antes de morir! Cada uno se precipita hacia donde lo empuja su instinto; el mundo hormiguea como los insectos sobre un cadáver: los poetas pasan sin tener tiempo para escribir sus pensamientos, apenas si alcanzan a plasmarlos sobre papeles, y los papeles se vuelan: todo brilla y retumba en este baile de máscaras, con sus realezas de un día y sus cetros de cartón; el oro circula, el vino abunda, la fría depravación levanta sus polleras y se sacude... ¡Que horror! ¡Que horror! Y al final, todo esto se cubre de un velo del que cada uno toma una parte para ocultarse lo mejor posible.
¡Escarnio! ¡Horror! ¡Horror!

* * *

Hay días en los que siento un profundo cansancio, y, por donde vaya, un oscuro tedio me envuelve como una mortaja: sus pliegues me traban e incomodan, la vida me pesa como un remordimiento. ¡Tan joven y tan hastiado de todo, mientras que algunos aún viejos todavía están llenos de entu-

siasmo! Y yo estoy tan abatido, tan desencantado. ¿Qué hacer? ¿Solo mirar de noche la luna cuando arroja sobre las molduras del techo su vacilante claridad como un frondoso follaje, y, de día, el sol que dora los techos vecinos? ¿Eso es vivir? No, eso es la muerte, sin el reposo del sepulcro.

* * *

Otros recuerdos son melancólicos y fríos como jornadas lluviosas; recuerdos amargos y crueles, que también retoman -las horas de calvario que pasé llorando sin esperanza, y luego riendo de manera forzada para alejar las lágrimas que ocultan los ojos, los sollozos que ahogan la voz-.

Permanecí muchos días, muchos años, sentado sin pensar en nada, o en todo, abismado en el infinito que quería abrazar y que me devoraba.

Oía la lluvia caer en las goteras, las campanas sonar como un sollozo; veía el sol ponerse lentamente y la noche avanzar, noche dormida que nos apacigua, y luego el día reaparecía, siempre idéntico, con todos sus problemas, su misma cantidad de horas por vivir, pero que yo veía morir con alegría.

Soñaba con el mar, con viajes a países lejanos, amores, éxitos, todas cosas abortadas en mi existencia, cadáver antes de haber vivido.

Pero, ¡ay!, nada de eso había sido hecho para mí. No envidio a los demás, pues cada uno se lamenta de la abrumadora carga que la fatalidad hizo pesar sobre él: algunos la arrojan antes de haber terminado su existencia, otros la cargan hasta el final. ¿Y yo, podré llevarla?

Apenas vi la vida, mi alma sintió un inmenso rechazo; llevé a mi boca todos los frutos: me parecieron amargos: los rechacé, y ahora muero de hambre. ¡Morir tan joven, sin esperanzas en la tumba, sin tener la certeza de encontrar alivio en ella, sin saber si su paz es inviolable! ¡Echarse a los brazos de la nada y no saber si nos recibirá!

Sí, muero, pues ¿acaso vivir es ver el pasado propio como agua derramada en el mar, el presente como una jaula, el futuro como una mortaja?

* * *

Por mucho que durante días y noches enteras nos preguntemos llenos de angustia: ¿Qué son las palabras *Dios, eternidad, infinito?* Giramos en torno a ellas, arrastrados por el viento de la muerte, como una hoja arrebatada por la tormenta. En esos momentos, parecería que el infinito disfruta haciéndonos fluctuar en la inmensidad de la duda.

Sin embargo, siempre decimos que al cabo de algunos siglos, de miles de años, cuando todo esté desgastado, es preciso que algún límite se imponga.

¡Ay! La eternidad se erige ante nosotros, y nos produce miedo, miedo por esa cosa que debe durar tanto tiempo, a nosotros, que duramos tan poco... ¡Tanto tiempo!

Sin duda, cuando ya no exista el mundo (¡Cómo me gustaría poder existir entonces, vivir sin naturaleza, sin hombres! ¡Qué enormidad, un vacío como ése!), sin duda entonces serán tinieblas, algo de ceniza quemada de lo que habrá sido tierra, y, quizá, algunas gotas de agua, de lo que habrá sido el mar.

¿Cielo? ¡Vacío! nada más que la nada desplegada en la inmensidad como una mortaja. ¿Eternidad? ¡Eternidad! ¿Eso durará para siempre? ¡Para siempre... sin final!

Sin embargo, lo que quede, la más mínima parcela de vestigios del mundo, el último soplo de una creación moribunda, el vacío mismo, deberá estar cansado de existir, todo llamará a una destrucción total.

La idea de una cosa sin fin nos hace estremecer. ¡Ay! Y estaremos todos en ella, todos los que ahora vivimos. Y esa inmensidad nos arrastrará a todos. ¿Que seremos? Una nada, ni siquiera un soplo.

Durante mucho tiempo pensé en los muertos en sus ataúdes, en los largos siglos que pasan así, debajo de la tierra llena de ruidos, de rumores y de gritos; ellos, tan apacibles, dentro de sus cajones podridos, y cuyo lúgubre silencio algunas veces es interrumpido, ya por un cabello que cae, ya por un gusano que se desliza sobre una porción de carne. ¡Cómo duermen ahí, acostados sin ruido, debajo de la tierra, debajo del césped florecido! Aunque, deben tener frío bajo la nieve en los inviernos.

* * *

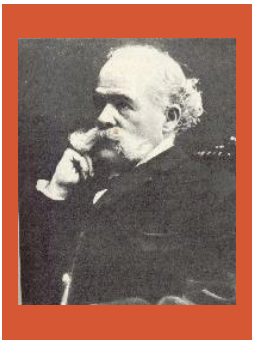
¡Oh! Si se despertaran entonces, si pudieran revivir y ver todas las lágrimas que colmaron sus mortajas, todos los llantos ahogados, todas las muecas terminadas, sentirían horror de esta vida por la que tanto lloraron al partir; y de inmediato regresarían a la tan apacible y verdadera nada.
Por cierto, es posible vivir, y aun morir, sin haberse preguntado una sola vez qué es la vida y qué es la muerte.

* * *

Eres grande y mueres, como el perro y la hormiga, pero con más pesar que ellos, y después te pudres. Te pregunto entonces: una vez que los gusanos te comieron, cuando tu cuerpo se disolvió en la humedad de la tumba, cuando tu polvo ya no existe, ¿dónde estás, hombre? ¿Dónde está tu alma? Aquella alma que era el motor de tus acciones, que entregaba tu corazón al odio, a la envidia, a todas las pasiones, esa alma que te vendía y que te hacía hacer tantas bajezas, ¿dónde está? ¿Existe acaso un lugar lo bastante santo para recibirla? Te respetas a ti mismo y te honras como a un Dios, has inventado la idea de dignidad del hombre, idea que nada en la naturaleza podría tener al verte; deseas que te honren y te honras a ti mismo, deseas incluso que ese cuerpo, tan vil durante su vida, sea honrado cuando ya no exista. Deseas que todos se saquen el sombrero delante de tu carroña humana que se pudre de corrupción, y que aun entonces es más pura que tú mientras vivías. Ésa es tu grandeza ¡Grandeza del polvo, majestad de la nada!

POESIA

Juan de Dios Peza

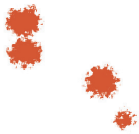


Juan de Dios Peza

(Ciudad de México 1852 - Ciudad de México 1910)

Juan de Dios Peza, inició la carrera de medicina, pero su adhesión apasionada al movimiento liberal lo llevó a renunciar a sus estudios para entregarse de lleno al periodismo y la literatura. Fue diplomático y dirigente político. Su estilo realista, aunque lleno de ternura, limpió la poesía del peso que arrastraba el romanticismo y preparó el advenimiento de los modernistas. El libro que más fama le dio fue *Cantos del hogar.* Su obra, de gran popularidad y aceptación en México, fue traducida a numerosos idiomas, incluso al japonés. Su esposa lo abandonó causándole una gran amargura y dejándole a cargo dos hijas pequeñas a cuyo cuidado y crianza dedicó su vida. Esos sentimientos de duelo no elaborado por el abandono sufrido se trasuntan punzantes en el poema "A mis hijas".

En su famoso "Reir llorando", que también se lee a continuación, Peza alude a David Garrick (1717 - 1779) considerado como una de los principales dramaturgos británicos del siglo XVIII, autor e intérprete de numerosas comedias, tragedias y farsas del repertorio teatral inglés. En realidad, es fácil adivinar, oculta tras la risa, la propia tristeza crónica de Peza proyectada en Garrik. El "spleen", término que se popularizó en la Inglaterra de la época, era una tenebrosa forma de aburrimiento, de desgano, mortal y sin esperanzas. Algo similar a lo que es hoy en el lenguaje del gran público la noción de "estrés" y "depresión".



A MIS HIJAS

Mi tristeza es un mar; tiene su bruma
que envuelve densa mis amargos días;
sus olas son de lágrimas; mi pluma
está empapada en ellas, hijas mías.

Vosotras sois las inocentes flores
nacidas de ese mar en la ribera;
la sorda tempestad de mis dolores
sirve de arrullo a vuestra edad primera.

Nací para luchar; sereno y fuerte
cobro vigor en el combate rudo;
cuando pague mi audacia con la muerte,
caeré cual gladiador sobre mi escudo.

Llévenme así a vosotras; de los hombres
ni desdeño el poder ni el odio temo;
pongo todo mi honor en vuestros nombres
y toda el alma en vuestro amor supremo.

Para salir al mundo vais de prisa.
¡Ojalá que esa vez nunca llegara!
Pues hay que ahogar el llanto con la risa,
para mirar al mundo cara a cara.

No me imitéis a mí: yo me consuelo
con abrir más los bordes de mi herida;
imitad en lo noble a vuestro abuelo:
¡Sol de virtud que iluminó mi vida!

Orad y perdonad; siempre es inmensa
después de la oración la interna calma,
y el ser que sabe perdonar la ofensa
sabe llevar a Dios dentro del alma.

Sea vuestro pecho de bondades nido,
no ambicionéis lo que ninguno alcanza,
coronad el perdón con el olvido
y la austera virtud con la esperanza.

Sin dar culto a los frívolos placeres
que la pureza vuestra frente ciña,
buscad alma de niña en las mujeres
y buscad alma de ángel en la niña.

Nadie nace a la infamia condenado,
nadie hereda la culpa de un delito,
nunca para ser siervas del pecado
os disculpéis clamando: estaba escrito.

¡Existir es luchar! No es infelice
quien luchando, de espinas se corona;
abajo, todo esfuerzo se maldice,
arriba, toda culpa se perdona.

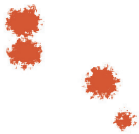
Se apaga la ilusión cual lumbre fatua
y la hermosura es flor que se marchita;
la mujer sin piedad es una estatua
dañosa al mundo y del hogar proscrita.

No fijéis en el mal vuestras pupilas
que víbora es el mal que todo enferma,
y haced el bien para dormir tranquilas
cuando yo triste en el sepulcro duerma.

Nunca me han importado en este suelo
renombre, aplausos, oropeles, gloria:
procurar vuestro bien, tal es mi anhelo;
amaros y sufrir tal es mi historia.

Cuando el sol de mi vida tenga ocaso
recordad mis consejos con ternura,
y en cada pensamiento, en cada paso,
buscad a Dios tras de la inmensa altura.

Yo anhelo que, al morir, por premio santo,
tengan de vuestro amor en los excesos:
las flores de mi tumba vuestro llanto,
las piedras de mi tumba vuestros besos.



REÍR LLORANDO

Viendo a Garrik, actor de la Inglaterra,
el pueblo al aplaudirle le decía:
Eres el más gracioso de la tierra
y el más feliz...
Y el cómico reía.

Víctimas del *spleen*, los altos lores,
en sus noches más negras y pesadas,
iban a ver al rey de los actores
y cambiaban su *spleen* en carcajadas.

Una vez, ante un médico famoso,
llegose un hombre de mirar sombrío:
Sufro, le dijo, un mal tan espantoso
como esta palidez del rostro mío.

Nada me causa encanto ni atractivo;
no me importan mi nombre ni mi suerte
en un eterno *spleen* muriendo vivo,
y es mi única ilusión, la de la muerte.

Viajad y os distraeréis.
¡Tanto he viajado!

Las lecturas buscad.
¡Tanto he leído!

Que os ame una mujer.
¡Si soy amado!

¡Un título adquirid!
¡Noble he nacido!

¿Pobre seréis quizá?
Tengo riquezas

¿De lisonjas gustáis?
¡Tantas escucho!

¿Que tenéis de familia?
Mis tristezas

¿Vais a los cementerios?
Mucho... mucho...

¿De vuestra vida actual, tenéis testigos?
Sí, mas no dejo que me impongan yugos;
yo les llamo a los muertos mis amigos;
y les llamo a los vivos mis verdugos.
Me deja, agrega el médico, perplejo
vuestro mal y no debo acobardaros;
Tomad hoy por receta este consejo:
sólo viendo a Garrik, podréis curaros.

¿A Garrik?

Sí, a Garrik... La más remisa
y austera sociedad le busca ansiosa;
todo aquél que lo ve, muere de risa:
tiene una gracia artística asombrosa.

¿Y a mí, me hará reír?
¡Ah!, sí, os lo juro,
él sí y nadie más que él; mas... ¿qué os inquieta?

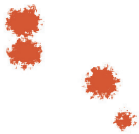
Así, dijo el enfermo, no me curo;
¡Yo soy Garrik!... Cambiadme la receta.

¡Cuántos hay que, cansados de la vida,
enfermos de pesar, muertos de tedio,
hacen reír como el actor suicida,
sin encontrar para su mal remedio!

¡Ay! ¡Cuántas veces al reír se llora!
¡Nadie en lo alegre de la risa fíe,
porque en los seres que el dolor devora,
el alma gime cuando el rostro ríe!

Si se muere la fe, si huye la calma,
si sólo abrojos nuestra planta pisa,
lanza a la faz la tempestad del alma,
un relámpago triste: la sonrisa.

El carnaval del mundo engaña tanto,
que las vidas son breves mascaradas;
aquí aprendemos a reír con llanto
y también a llorar con carcajadas.



CONFIDENCIAS A UNA ESTRELLA

Sigue, sigue blanca estrella,
Por el cielo en que naciste,
Sin dejar ninguna huella...
Siempre te hallaré más bella,
Siempre te hallaré más triste.

Hoy vengo con mi dolor,
Cual antes feliz venía;
Mas ya nunca, astro de amor,
Ceñirás con tu fulgor
Ni su frente ni la mía.

Tú cruzas por ese cielo,
Dando con tu luz la calma;
Yo cruzo, por este suelo,
Llevando en mi desconsuelo
Llena de sombras el alma.

Dame, dame tu luz bella;
Que en esta alma sin amor,
Tú sorprenderás estrella,
En cada nube una huella,
Y en cada huella un dolor.

Tú que has escuchado el canto
De mi primera pasión,
Acompaña mi quebranto,
Y alumbra el amargo llanto
que brota del corazón.

¡Horas del primer cariño!
tú las miraste lucir,
Cuando ante tu luz de armiño,
La niña en brazos del niño
Soñaba en el porvenir.

¡Dulce amor! ¡Grata ciencia!
¡Blanca luz! ¡Delirio ardiente!
¿Por qué huyes de la existencia,
Cuando una dura experiencia
Va marchitando la frente?

¡Aquellos goces extraños,
Aquel esperar en Dios,
Sin recoger desengaños,
Aquel pasar de los años
Sin perturbar a los dos!

Todo, todo, blanca estrella,
Tu tibia luz alumbró;
¡Edad de sueños aquella,
Envidiable, dulce, bella,
Que para siempre huyó!

Celia, al expirar el día,
Por estos sitios vendrá,
Ya no como antes venía,
Que aquella alma que fue mía,
Pertenece a otra alma ya.

Antes ¡ay! ¡cuánto embeleso!
Sollozando de placer,
Dejaba en mi frente un beso;
Por eso, estrella; por eso
No quiero volverla a ver.

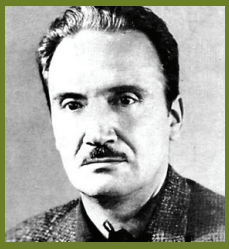
Ahora, dulce y cariñosa,
En otro sus ojos fijos,
Tendrá su boca amorosa
La majestad de la esposa
Para besar a sus hijos.

Con tus rayos blanquecinos
Alumbra siempre su hogar;
Aparta nuestros caminos,
Y ¡ay! que sus ojos divinos
No aprendan nunca a llorar.

Si sigues, tú, blanca estrella,
Por el cielo en que naciste,
Sin dejar ninguna huella...
Siempre te hallaré más bella,
Siempre me verás mas triste.

FRAGMENTOS AUTOBIOGRAFICOS

José María Arguedas



José María Arguedas

(Andahuaylas 1911 - Lima 1969)

José María Arguedas, escritor, antropólogo y etnólogo, fue uno de los tres grandes representantes de la corriente indigenista en el Perú, junto con Ciro Alegría y Manuel Scorza. El tema central en sus obras es el de un país dividido en dos culturas, la andina de origen quechua y la urbana de raíces europeas, constreñidas a un mestizaje que Arguedas soñaba y luchaba porque fuera armónico. Su labor como antropólogo e investigador social (en especial, música y danza del folclore andino) es poco conocida pese a su importancia y a la influencia que tuvo en su trabajo literario. Fue, además, traductor y difusor de la literatura quechua antigua y moderna, funcionario público y maestro.

Arguedas padeció una grave depresión crónica, que se inició, probablemente, a los 32 años. Según las descripciones que él mismo hace en los diarios de su obra póstuma *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, y en su correspondencia publicada posteriormente, Arguedas sufrió múltiples episodios depresivos, caracterizados principalmente por decaimiento, cansancio, falta de concentración, insomnio, ansiedad y una ideación suicida recurrente que, a pesar de los múltiples tratamientos farmacológicos y psicoterapéuticos que recibió, lo llevó a un primer intento frustro en 1966 y a uno segundo que acabó con su vida, en 1969.

Se han planteado muchas hipótesis para comprender su depresión y suicidio: la pérdida precoz de su madre, el maltrato

que sintió por parte de su madrastra y hermanastro, la repetida ausencia del padre viajero, el naufragio de su matrimonio, la sensación de marginalidad entre el mundo indígena y el mundo de los *mistis* (sin pertenecer realmente a ninguno), el supuesto fracaso de sus tesis integradoras; todo ello quizás influyendo sobre un terreno biológico vulnerable. Sus biógrafos se han preguntado en qué medida sus síntomas depresivos contribuyeron a forjar una obra que ha quedado inscripta en la literatura universal.

"Yo no me acuerdo de mi mamá. Es una de las causas de algunas de mis perturbaciones emocionales y psíquicas. […] Voy a hacerles una confesión un poco curiosa: yo soy hechura de mi madrastra. Mi madre murió cuando yo tenía dos años y medio. Mi padre se casó en segundas nupcias con una mujer que tenía tres hijos; yo era el menor y como era muy pequeño me dejó en la casa de mi madrastra, que era dueña de la mitad de un pueblo; tenía mucha servidumbre indígena y el tradicional menosprecio e ignorancia de lo que era un indio, y como a mí me tenía tanto rencor como a los indios, decidió que yo debía vivir con ellos en la cocina, comer y dormir allí. […] Cuando llegó mi hermanastro de vacaciones, ocurrió algo verdaderamente terrible [...]. Desde el primer momento yo le caí muy mal porque este sujeto era de facciones indígenas y yo de muchacho tenía el pelo un poco castaño y era blanco en comparación con él. [...].

Yo fui relegado a la cocina [...] quedaba obligado a hacer algunas labores domésticas; a cuidar los becerros, a traerle el caballo, como mozo. [...]. Era un criminal, de esos clásicos. Trataba muy mal a los indios, y esto sí me dolía mucho y lo llegué a odiar como lo odiaban todos los indios. Era un gamonal. […] Entró mi hermanastro, estaba tomando sopa y tenía un plato de mote a mi lado con su pedacito de queso. Me quitó el plato de la mano y me lo tiró a la cara, y me dijo: 'no vales ni lo que comes' [...]. Yo salí de la casa, atravesé un pequeño riachuelo, al otro lado había un excelente campo de maíz, me tiré boca abajo, en el maíz, y pedí a Dios que me mandara la muerte." *(Arguedas JM. Testimonio. En: Oquendo A ed., "José María Arguedas: Un mundo de monstruos y de fuego". México: Fondo de Cultura Económica, 1993).*

"Se agarraron de las manos y empezaron a bailar en ronda, con la musiquita de Julio, el charanguero. Se volteaban a ratos, para mirarme, y reían. Yo me quedé fuera del círculo, avergonzado, vencido para siempre." *(Arguedas JM. "Warma kuyay [Amor de niño]". En: Obras completas, Tomo I, Lima: Editorial Horizonte, 1983).*

"Yo, pues, no era mak'tillo de verdad, bailarín, con el alma tranquila; no, yo era mak'tillo falsificado, hijo de abogado; por eso pensaba más que los otros escoleros; a veces me enfermaba de tanto hablar con mi alma, pero don Ciprián hablaba más." *(Arguedas JM. "Los escoleros". En: Obras completas, Tomo I, Lima: Editorial Horizonte, 1983).*

"Mi padre no pudo encontrar nunca dónde fijar su residencia; fue un abogado de provincias, inestable y errante. Con él conocí más de doscientos pueblos. [...] Pero mi padre decidía irse de un pueblo a otro cuando las montañas, los caminos, los campos de juego, el lugar donde duermen los pájaros, cuando los detalles del pueblo empezaban a formar parte de la memoria. [...] Hasta un día en que mi padre me confesó, con ademán aparentemente más enérgico que otras veces, que nuestro peregrinaje terminaría en Abancay. [...] Cruzábamos el Apurímac, y en los ojos azules e inocentes de mi padre ví la expresión característica que tenían cuando el desaliento le hacía concebir la decisión de nuevos viajes. [...] Yo estaba matriculado en el Colegio y dormía en el internado. Comprendí que mi padre se marcharía. Después de varios años de haber viajado juntos, yo debía

quedarme; y él se iría solo." *("Los ríos profundos". En: Obras completas, Tomo III, Lima: Editorial Horizonte, 1983).*

"Desde hace un mes estoy bastante enfermo. El excesivo trabajo que he tenido durante todo el año pasado, sin haber gozado de vacaciones y todas las amarguras que tuve que pasar [...] me han postrado en una terrible fatiga mental. Estoy prohibido del más mínimo esfuerzo intelectual, por lo menos por sesenta días." *(Carta a su hermano Arístides, 25 de marzo de 1943. Pinilla CM. "Arguedas en familia". Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999).*

"¿Te acuerdas que de niño me daban unos horribles espantos nocturnos? Nuestro padre tenía que levantarse y sacarme al corredor; miraba al cielo, respiraba el aire frío y me calmaba. Después, ya en el Colegio, padecí de algunas crisis: era una especie de repentino temor a la muerte [...]. Pero algunos años después, cuando ya estabas en Caraz, me vino una crisis dura, no dormía, tenía un espanto continuo y parecía que todo iba a terminar [...]. Las primeras noches, cuando sentía a la

muerte en la garganta, soñaba con nuestro padre y contigo." *(Carta a su hermano Arístides, 31 de enero de 1944. Pinilla CM. "Arguedas en familia". Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999).*

"Yo sigo mal. Van tres años que mi vida es una alternativa de relativo alivio y de días y noches en que parece que ya voy a terminar. No leo, apenas escribo; cualquier preocupación intensa me abate totalmente. Sólo con un descanso prolongado, en condiciones especiales, podría quizá, según los médicos, curar hasta recuperar mucho mi salud. Pero eso es imposible." *(Carta a su hermano Arístides, 23 de julio de 1945. Pinilla CM. "Arguedas en familia". Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999)*

"Tuve un terrible accidente con la camioneta que me dejó Mangin. Como no andaba muy bien de los nervios, que es mi talón de Aquiles, acabé por casi aniquilarme con los resultados del accidente y he quedado más disminuido aún. [...] Salí únicamente con tres costillas rotas pero me dejó un saldo aplastante en cuanto al sistema nervioso.

Me quedé sin poder dormir y con una especie de psicosis de angustia de la que aún no puedo salir del todo." *(Carta a John Murra, 10 de abril de 1960. Calderón A, Dorfman A, Escajadillo TG. Conversando con Arguedas: fragmentos de entrevistas. En: Larco J ed. "Recopilación de textos sobre José María Arguedas". La Habana: Casa de las Américas, 1976).*

"Yo he sentido, desde pequeño, cierta aversión a la sensualidad. Algo así como don Bruno en sus momentos de arrepentimiento. Aquel personaje poderoso e inmensamente malvado que presento en el cuento Agua fue sacado de la vida real. Era un hermanastro mío. No solamente era el amo del pueblo, señor de pistola al cinto, sino también terriblemente mujeriego y sexualmente perverso." *(Calderón A, Dorfman A, Escajadillo TG. Conversando con Arguedas: fragmentos de entrevistas. En: Larco J ed., "Recopilación de textos sobre José María Arguedas", La Habana: Casa de las Américas, 1976).*

"Para mí la mujer constituyó siempre, y sigue siendo, un ser angelical, la forma más perfecta de la belleza terrena. Hacerla motivo del 'apetito material' constituía un crimen nefando y aún

sigo participando no sólo de la creencia sino de la práctica. Sólo el verdadero amor puede dar derecho y purificar suficientemente el acto material." *(Carta a John Murra, 21 de noviembre de 1960. Calderón A, Dorfman A, Escajadillo TG. Conversando con Arguedas: fragmentos de entrevistas. En: Larco J ed., "Recopilación de textos sobre José María Arguedas", La Habana: Casa de las Américas, 1976).*

"-La mujer sufre. Con lo que le hace el hombre, pues, sufre.
-¿Con qué dices, de lo que el hombre le hace?
-De noche, en la cama. O en cualquier parte sucia.
-Eres criatura. Ella goza más que el hombre. Más goza, por eso acepta también quedarse con el hijo sin que el hombre la ayude en nada. [...]
-¡No goza! - gritó Santiago al oído de Ambrosio, el guitarrista-. ¡No goza!" […]
"En eso de ajuntarse con la mujer, el hombre no es hijo de Dios, más hijo de Dios son los animalitos. Hay confusión cuando uno quiere meterse con una mujer...
-¿Y el enamoramiento, don Antonio?
-Sí, pues, sólo cuando estás muchacho, como tú, o menos quizás. Pero desde el momento en que tú ves cómo es la cosa de la mujer, la ilusión se aca-

ba." *(Arguedas JM. "Amor mundo y otros cuentos". En: Obras completas, Tomo I, Lima: Editorial Horizonte, 1983).*

"Yo estoy sumamente preocupado con mi pobre salud. [...] Durante los primeros quince días estuve luchando contra la depresión que padecía [...]. He vuelto fatigadísimo, sin poder dormir y angustiado. Tengo que ir a donde el médico nuevamente; aunque estos caballeros nunca llegan a entender bien lo que uno sufre ni las causas. Lo malo es que esto me viene desde mi infancia. No sé si será algo constitucional pasajero. Ahora estoy respirando a base de un específico que se llama 'Dexamyl', pero sospecho que me anima a base de mis propias reservas." *(Carta a John Murra, 28 de abril de 1961. Calderón A, Dorfman A, Escajadillo TG. Conversando con Arguedas: fragmentos de entrevistas. En: Larco J ed. "Recopilación de textos sobre José María Arguedas". La Habana: Casa de las Américas, 1976).*

"Hay algo que me preocupa: no puedo dormir. El específico 'Medomina' era muy eficaz; con media pastilla solía ser suficiente. Ya en Santiago empecé a requerir una y con poco efecto. Mi médico de

acá me recetó 'Vesparax'; dormí, pero amanecí no sólo algo atontado sino angustiado. Preferí no tomarlo más. Ahora tomo una pastilla de 'Medomina' antes de acostarme y, generalmente, tengo que tomar media más a las dos o tres de la mañana, y duermo unas cuatro horas, pero no profundamente. Cuando no he dormido sino muy poco mi voluntad de trabajo se reduce al mínimo. Hice la prueba de darme un baño algo caliente y me arrebató la cabeza y dormí menos aún. Ese es mi peor mal. [...] El 'Dormopan' me hacía también dormir, pero aquí no existe, quizá tenga otro nombre. [...] Me preocupa tomar estos específicos para dormir, creo que me minan la salud física. Ya no tengo esa formidable agilidad de antes." *(Carta a Lola Hoffman, su psicoanalista, 3 de julio de 1962. Calderón A, Dorfman A, Escajadillo TG. Conversando con Arguedas: fragmentos de entrevistas. En: Larco J ed. "Recopilación de textos sobre José María Arguedas". La Habana: Casa de las Américas, 1976.*

"Destrozado mi hogar por la influencia lenta y progresiva de incompatibilidades entre mi esposa y yo; convencido hoy mismo de la inutilidad o impractibilidad de formar otro hogar con una joven a quien pido perdón; casi demostrado por dos

sabios sociólogos y un economista, también hoy, que mi libro *Todas las sangres* es negativo para el país, no tengo nada que hacer ya en este mundo. Mis fuerzas han declinado creo que irremediablemente." *("¿He vivido en vano?" Mesa redonda sobre su libro "Todas las sangres", Instituto de Estudios Peruanos, 23 de junio de 1965).*

"Un poco por miedo otro poco porque se me necesitaba o creo que se me necesitaba he sobrevivido hasta hoy y será hasta el lunes o martes. Temo que el Seconal no me haga el efecto deseado. Pero creo que ya nada puedo hacer. Hoy me siento más aniquilado y quienes viven junto a mí no lo creen o acaso sea más psíquico que orgánico. Da lo mismo. [...] Tengo 55 años. He vivido bastante más de lo que creí." *(Carta a su hermano Arístides, 10 de abril de 1966. Pinilla CM. "Arguedas en familia". Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999).*

"Yo estoy luchando como diablo. No puedes imaginarte cuánta fuerza se me va en esta lucha. ¿Te acuerdas de cuando hicimos nuestro primer viaje a la sierra y estuve yo, a los 22 o 23 años de edad,

como siete días sin dormir una sola pestañada? ¿De dónde me venían esos insomnios? El actual que me dura meses me viene de un torbellino de causas. Está cambiando mi vida, sus bases se han desmoronado en una parte, en la más íntima y estoy edificando otras, con esfuerzo infinito." *(Carta a Manuel Moreno Jimeno, ¿marzo de 1967?, Forgues R. José María Arguedas, la letra inmortal. Correspondencia con Manuel Moreno Jimeno. Lima: Ediciones de los ríos profundos, 1993).*

"He declinado en forma solamente en algunos síntomas: depresión, insomnio, falta de concentración y 'misantropía aguda'." *(Carta a Alejandro Ortiz Réscanière, 3 de mayo de 1968. Ortiz A. "José María Arguedas, recuerdos de una amistad". Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1996).*

"Creo que mi conciliación con mis propios problemas sexuales ya no es posible. ¡Cuánto le he hablado de esto! Todo el universo ha girado para mí alrededor de este problema. Ha sido lo más anhelado y lo más temido; rara vez lo más estimulante, casi siempre aniquilante. Mi mujer en

cambio tiene una euforia juvenil que se recrea con mi apetencia, siempre pronta y siempre torturante. Como creí siempre que la satisfacción sexual debía ser sólo una especie de premio máximo a alguna gran hazaña, la práctica casi cotidiana me causa una atroz sensación de desgaste y de angustia. Ya no lo puedo soportar más." *(Carta a Lola Hoffmann, su psicoanalista, 13 de enero de 1969. Calderón A, Dorfman A, Escajadillo TG. Conversando con Arguedas: fragmentos de entrevistas. En: Larco J ed., "Recopilación de textos sobre José María Arguedas". La Habana: Casa de las Américas, 1976).*

"En abril de 1966, hace ya algo más de dos años, intenté suicidarme. En mayo de 1944 hizo crisis una dolencia psíquica contraída en la infancia y estuve casi cinco años neutralizado para escribir. [...] Y ahora estoy otra vez a las puertas del suicidio. Porque, nuevamente, me siento incapaz de luchar bien, de trabajar bien. Y no deseo, como en abril del 66, convertirme en un enfermo inepto, en un testigo lamentable de los acontecimientos." *(Primer diario, 10 de mayo de 1969 de "El zorro de arriba y el zorro de abajo". En: Obras completas, Tomo V, Lima: Editorial Horizonte, 1983).*

"Hoy tengo miedo, no a la muerte misma sino a la manera de encontrarla. El revólver es seguro y rápido, pero no es fácil conseguirlo. Me resulta inaceptable el doloroso veneno que usan los pobres en Lima para suicidarse; no me acuerdo del nombre de ese insecticida en este momento. Soy cobarde para el dolor físico y seguramente para sentir la muerte. Las píldoras -que me dijeron que mataban con toda seguridad- producen una muerte macanuda cuando matan. Y si no, causan lo que yo tengo, en gentes como yo, una pegazón de la muerte en un cuerpo aún fornido. Y ésta es una sensación indescriptible: se pelean en uno, sensualmente, poéticamente, el anhelo de vivir y el de morir. Porque quien está como yo, mejor es que muera." *(Primer diario, 10 de mayo de 1969 de "El zorro de arriba y el zorro de abajo". En: Obras completas, Tomo V, Lima: Editorial Horizonte, 1983.*

"Yo estaba muy angustiado, me había afectado demasiado la reducción del presupuesto de los museos, el despido masivo de los empleados cuyas madres, esposas y familiares venían diariamente, llorando, a pedirme ayuda, a que les diera otra oportunidad. Había algunas personas, como mi secretaria, a quienes faltaba pocos meses para

jubilarse con 25 años de servicios. Ser testigo de todas estas injusticias y estar impedido de ayudar me destrozó los nervios. Además muchas cosas personales se fueron acumulando y la depresión en que caí fue superior a mis fuerzas." *(J.M. Arguedas a su hermana Nelly, Pinilla CM. "Arguedas en familia". Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999).*

"He luchado contra la muerte o creo haber luchado contra la muerte, muy de frente, escribiendo este entrecortado y quejoso relato. Yo tenía pocos y débiles aliados, inseguros; los de ella han vencido." *(¿Último diario?, 20 de agosto de 1969 de "El zorro de arriba y el zorro de abajo". En: Obras completas, Tomo V, Lima: Editorial Horizonte, 1983).*

"Yo no voy a sobrevivir al libro. Como estoy seguro que mis facultades y armas de creador, profesor, estudioso e incitador, se han debilitado hasta quedar casi nulas y sólo me quedan las que me relegarían a la condición de espectador pasivo e impotente de la formidable lucha que la humanidad está librando en el Perú y en todas partes, no me sería posible tolerar ese destino. O actor, como

he sido desde que ingresé a la escuela secundaria, hace cuarentitrés años, o nada." *(Epílogo, en "El zorro de arriba y el zorro de abajo", 29 de agosto de 1969)*

"Profesores y estudiantes tenemos un vínculo común que no puede ser invalidado por negación unilateral de ninguno de nosotros. [...] Yo invoco ese vínculo o lo tomo en cuenta para hacer aquí algo considerado como atroz: el suicidio. [...] Me retiro ahora porque siento, he comprobado que ya no tengo energía e iluminación para seguir trabajando, es decir, para justificar la vida. [...] Y muchos, ojalá todos los colegas y alumnos, justifiquen y comprendan que para algunos el retiro a la casa, es peor que la muerte." *(Epílogo, 27 de noviembre de 1969 de "El zorro de arriba y el zorro de abajo". En: Obras completas, Tomo V, Lima: Editorial Horizonte, 1983).*

"¡Perdóname! Desde 1943 me han visto muchos médicos peruanos, y desde el 62, Lola, de Santiago. Y antes también padecí mucho con los insomnios y decaimientos. Pero ahora, en estos meses últimos, tú lo sabes, ya casi no puedo leer; no me es posible escribir sino a saltos, con temor. No

puedo dictar clases porque me fatigo. No puedo subir a la Sierra porque me causa trastornos. Y sabes que luchar y contribuir es para mí la vida. No hacer nada es peor que la muerte, y tú has de comprender y, finalmente, aprobar lo que hago." *(Carta a su esposa Sybila Arredondo Ladrón de Guevara, 28 de noviembre de 1969. En: Larco J ed., "Recopilación de textos sobre José María Arguedas". La Habana: Casa de las Américas, 1976.*

Además de los textos citados, puede profundizarse la información y la reflexión sobre Arguedas en:

1. Cornejo Polar A. Los universos narrativos de José María Arguedas. Lima: Editorial Horizonte, 1997.

2. Escuela Nacional Superior de Folklore "José María Arguedas". Arguedas canta y habla (disco compacto). Lima, 2001.

3. Lemogodeuc JM. Significados y riesgos del realismo autobiográfico en la obra de José María Arguedas. En: Pérez H, Garayar C (ed). "José María Arguedas. Vida y obra". Lima: Amaru Editores, 1991.

4. Lévano C. "Arguedas: un sentimiento trágico de la vida". Lima: Editorial Gráfica Labor, 1969.

5. Mariátegui J. "Arguedas o la agonía del mundo andino". Psicopatología (Madrid) 1995;15:91-102.

6. Merino de Zela M. "Vida y obra de José María Arguedas". En: Montoya R (ed). José María Arguedas, veinte años después: huellas y horizonte 1969-1989. Lima: Escuela de Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1991.

7. Pérez H, Garayar C (ed). "José María Arguedas. Vida y obra". Lima: Amaru Editores, 1991.

8. Vargas Llosa M. "La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo". México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

psi Línea Neuropsiquiátrica Roemmers

PAMI DESCUENTO 100 %

PLAN VIVIR MEJOR

INQUETIA
QUETIAPINA

PRESENTACIONES
Inquetia 25 mg: comp. recub. por 30.
Inquetia 100 mg: comp. recub. por 30.
Inquetia 200 mg: comp. recub. por 30.

PAMI

Plénica
Pregabalina

Plénica 75
Pregabalina
practidosis

PRESENTACIONES
Plénica 25 mg: cáps. por 30.
Plénica 50 mg: cáps. por 15 y por 30.
Plénica 75 mg: cáps. por 15, por 30 y por 60.
Plénica 75 mg Practidosis: comp. por 15 y por 30.
Plénica 150 mg: cáps. por 30.
Plénica 300 mg: cáps. por 30.

PAMI

Meridian
ESCITALOPRAM

Meridian 20
ESCITALOPRAM

PRESENTACIONES
Meridian 10 mg: comp. recub. por 15.
Meridian 10 mg: comp. recub. por 30.
Meridian 20 mg: comp. recub. por 15.
Meridian 20 mg: comp. recub. por 30.

Meridian 10 mg: comp. recub. por 60.

PAMI

Asertral
SERTRALINA

PRESENTACIONES
Asertral 50 mg: comp. recub. por 30.
Asertral 100 mg: comp. recub. por 30.

Asertral 50 mg: comp. recub. por 60.
Asertral 100 mg: comp. recub. por 60.

PAMI

IMPROVAL
DIVALPROATO DE SODIO

PRESENTACIONES
Improval 125: por 30 comp. recub.
Improval 250: por 30 comp. recub.
Improval 500: por 30 y por 60 comp. recub.

PAMI

Los afiliados del **PAMI** mayores de 60 años y que no estén afiliadosa una cobertura médica prepaga acceden al **PLAN VIVIR MEJOR**.

Para acceder a este beneficio, el afiliado no necesita realizar ningún trámite.

MPN MEDICAMENTOS DE PRIMER NIVEL

PAMI INSSJP

ROEMMERS
CONCIENCIA POR LA VIDA

ROEMMERS

CONCIENCIA POR LA VIDA